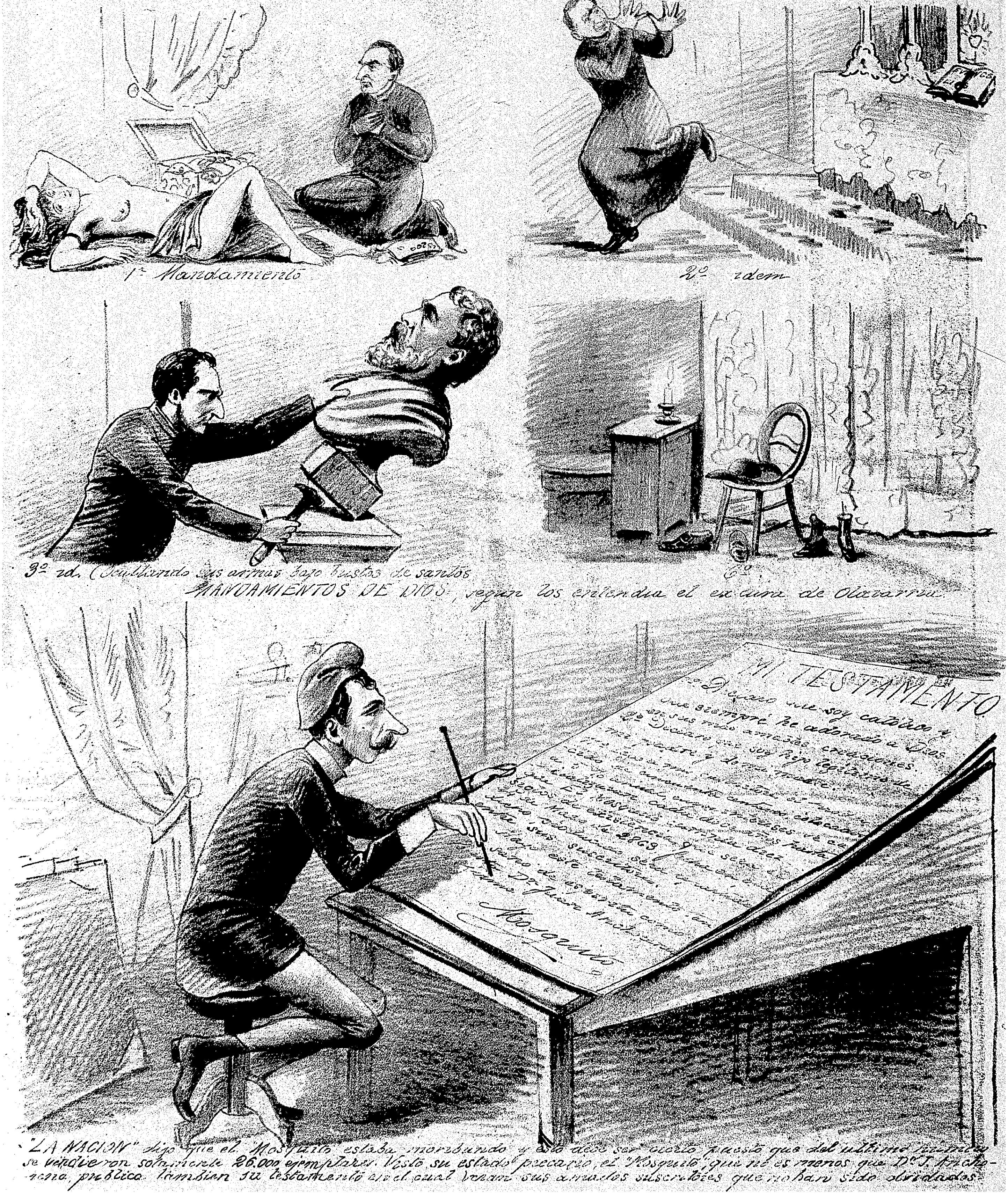
NÚMERO SUELTO: 10 CENTAVOS

Domingo 12 de Agosto 1888

EL MOSQUITO

Año XXVI—Núm. 1336

BIBLIOTECA Bs. As. NACIONAL



1.º Mandamiento

2.º idem

3.º id. Ocultando sus armas bajo bustos de santos

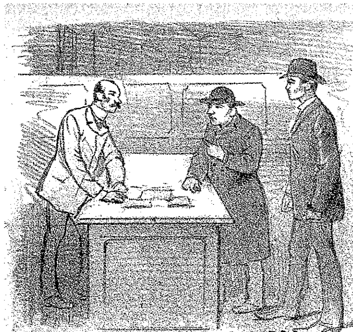
6.º

MANDAMIENTOS DE DIOS, según los entendía el ex cura de Olavarría.

"LA NACION" dijo que el "Mosquito" estaba moribundo y esto debe ser cierto puesto que del último número se vendieron solamente 26.000 ejemplares. Visto su estado precario, el "Mosquito", que no es menos que D.r J. Anchorena, publica también su testamento en el cual lega sus amados suscritores que no han sido olvidados.

· EL MOSQUITO ·

EL ENVENENAMIENTO DE A. BOUCHOT CONSTANTIN POR CASTRUCCIO.

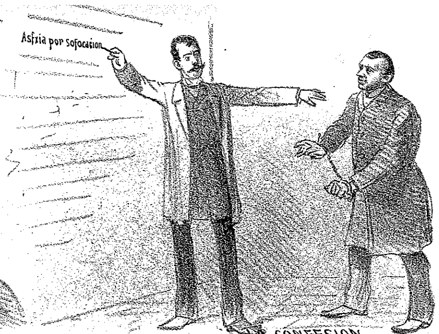


EL SEGURO SOBRE LA VIDA

LUIS CASTRUCCIO

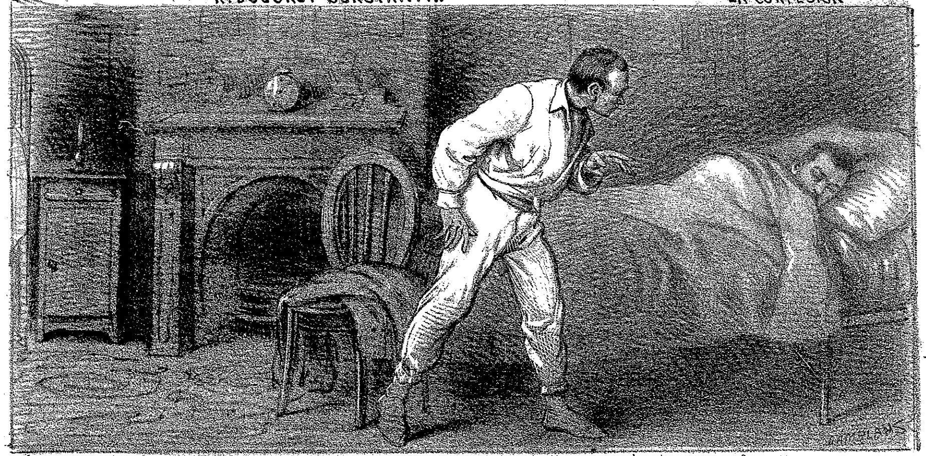
LA LIBRETA REVELADORA.

A. BOUCHOT CONSTANTIN

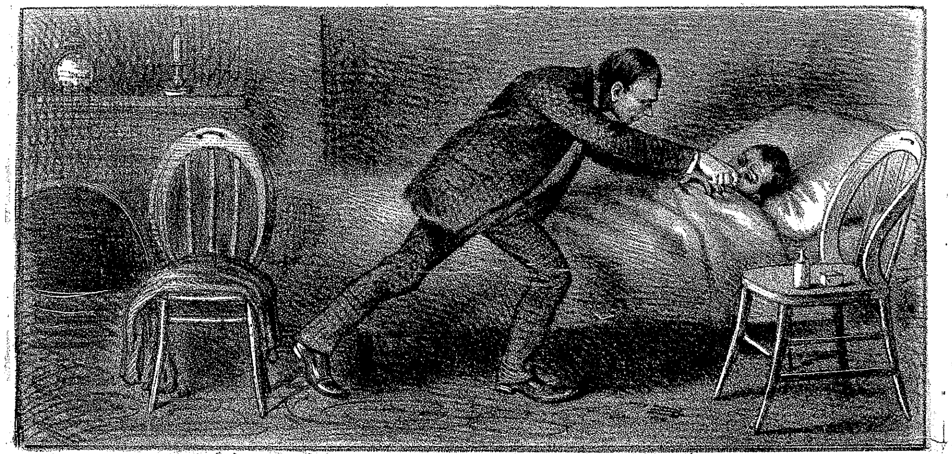


LA CONFESION

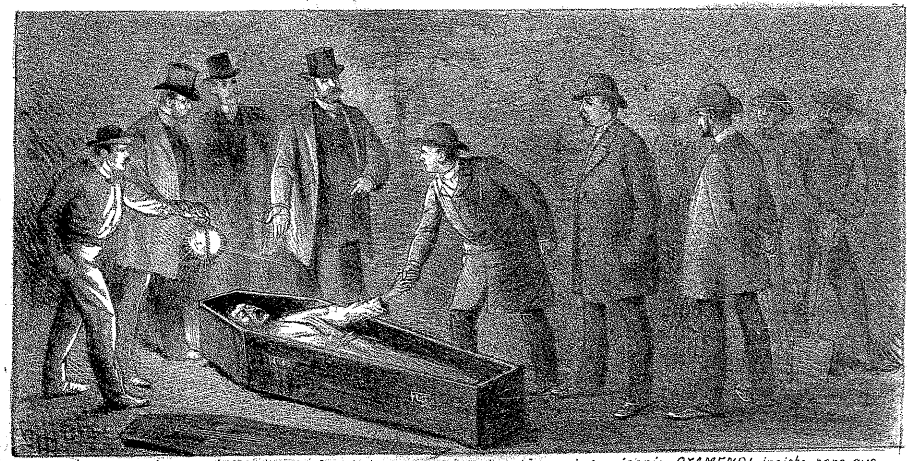
La mañana del 18 de Julio, CASTRUCCIO haciendo té, echa arsénico en la taza destinada á Bouchot.



Cuando Bouchot, de noche se despertaba, veia una sombra que parecia estudiar su respiracion: era CASTRUCCIO.



En la noche del 27 al 28 de Julio, CASTRUCCIO solo con Bouchot agonizando, le tapa la boca y apreta la nariz, dándole la muerte que OTELLO dió á DESDEMONA.



Hecha la examacion de los restos de Bouchot y reconocido el cadáver, el comisario OYAMENDI insiste para que CASTRUCCIO, aprete la mano del de quien dice haber sido tan amigo.

EL MOSQUITO

Buenos Aires, 12 de Agosto de 1888

CRÍMENES CÉLEBRES

El envenenamiento de Alberto Bouchot Constantin

POR LUIS CASTRUCCIO

El 12 de Junio próximo pasado se presentó en las oficinas de la compañia de seguros contra la vida, «La Previsora» Piedad 29, un sujeto llamado Luis Castruccio, domiciliado en la calle Alsina núm. 1244, en compañia de su *cuñado* Alberto Bouchot Constantin, jóven frances de 25 años de edad, alto, delgado, de bigote negro, vestido correctamente.

Castruccio iba á asegurar su vida á favor de Bouchot en la suma de 10.000 pesos. Despues de correr los trámites de práctica y de pagar la cuota correspondiente se le espidió la póliza, pero Castruccio reformó el seguro asegurando la vida de Bouchot á favor suyo.

El doctor Murphy, uno de los médicos de «La Previsora», clasificó el riesgo de primera clase, pues en el exámen que practicó á Bouchot tuvo ocasion de comprobar la salud de éste que era excelente.

El dia 28 de Julio último, Castruccio se presentó de nuevo en las oficinas de «La Previsora»: iba á cobrar los 10.000 pesos, pues Bouchot habia fallecido el dia anterior.

Interrogado sobre la muerte del jóven francés, Castruccio contestó que habia sucumbido víctima de un ataque cerebral. Agregó que en la oficina del registro civil de la seccion 10ª existia la partida de defuncion y dió el nombre del médico que habia asistido á Bouchot.

Enterado de lo ocurrido, el Dr. Murphy espresó el asombro que le causaba la muerte prematura é inesperada de Constantin á quien habia examinado un mes antes.

Llamábale la atencion que aquel jóven, lleno de vida, robusto, en plena juventud, en todo el vigor de la existencia, hubiera sucumbido de un ataque cerebral.

Estas observaciones del Dr. Murphy decidieron al directorio de «La Previsora» procederá á una investigacion de las causas que habian determinado la muerte de Bouchot y de las circunstancias que la rodearon.

Al efecto el inspector D. Eduardo Rodriguez Lubary se trasladó á la calle Alsina num. 1244 y á la oficina del registro civil de la seccion 10ª.

El resultado de su averiguacion fué el siguiente: Bouchot se quejaba de vómitos y dolores al estómago cuatro ó cinco dias antes de su muerte. Dejó de existir en la habitacion de Castruccio y fué inhumado en el cementerio de la Chacarita, el mismo dia 27, á las 12 horas de fallecer.

Avisado el jefe de policia por el gerente de *La Previsora* encomendó al Sr. Otamendi la investigacion del hecho.

La averiguacion comenzó inmediatamente.

El señor Otamendi, comisario de pesquisas, se dirijió á la casa en que vivia Castruccio, Alsina 1244 (antiguo), pero no lo encontró, pues habia salido precisamente en ese instante con los documentos que le eran necesarios para cobrar los 10.000 pesos de seguro en «La Previsora». En la puerta de este establecimiento, donde se hallaba en observacion un empleado de policía, Castruccio fué preso sin que presentara resistencia.

El jefe de policia, noticiado de lo que ocurria, resolvió que los Dres. Drago y Berra, médicos de la reparticion procedieran á hacer la auptosia del cadáver, y que las viceras fuesen enviadas al doctor Arata, el sábio director de la oficina química municipal.

Los doctores Berra y Drago, el doctor Murphy y el Dr. Cabezon, que habia asistido á Bouchot Constantino, acompañados por el Comisario Otamendi y un praticante de medicina, se encaminaron al cementerio de la Chacarita llevando de cicerone al mismo Castruccio, que les indicó el sitio en que habia sido inhumada su victima.

Era ya tarde. Se extrajo el ataud, levantóse la tapa, no sin sentir los olores de la descomposicion cadavérica. Castruccio declaró, que estaban en presencia de Alberto Bouchot Constantin.

Uno de los médicos presentes, con el objeto de examinar si el cutis del cadaver no presentaba alguna particularidad, tomó la mano izquierda de Bouchot y la levantó.

Despues de examinada la dejó y como quedaba posada sobre el costado del ataud, el Comisario Otamendi, dirigiendose á Castruccio, le dijo:—Ya que este pobre cuando era en vida, fué su amigo, tome la mano.

No veo la necesidad, señor, contestó presunto asesino!

No importa, tómesela, supongo que Vd. nada teme de él

No tengo inconvenientes en hacerlo, contestó Castruccio, y tomó sin vacilar la mano helada para siempre del pobre Bouchot.

La hora avanzada decidió á los facultivos á postergar hasta el dia siguiente la autopsia. Esta fué practicada en las condiciones y con los resultados que son de pública notoriedad. El pulmon, el higado y los riñones estaban muy congestionados. El corazon contenía en su porcion derecha bastante sangre, fluida y negra. La masa encefálica no estaba ingurjitada, no tenia entre las circunvoluciones la menor huella de extravasacion sánguinea ni de inflamacion. En el cuerpo habia pocas lesiones típicas: manchas rojas en las piernas, como sufuciones sanguineas y una gran mancha verdosa, propia de la putrefaccion, que se estendia por toda la pared abdominal.

Además de estos signos, otros dos llamaron la atencion: la mucosa del estómago tenia profundas ulceraciones, y en la cara del cadáver, á uno y otro lado de la nariz, habia dos manchas equimóticas redondeadas, que, segun la observacion posterior del doctor Drago, correspondian perfectamente por sus dimenciones al contorno de la pulpa de los dedos de Castruccio. Este dato, como se verá mas adelante, tiene una importancia capital.

El exámen anatomo-patológico alejó en seguida del espíritu de los peritos la idea de la congestion cerebral.

Las ulceraciones del estomago, el color negro de la sangre y otros sintomas indicaban al contrario que era lógico pensar en un envenenamiento, debido á un tóxigo, cuya naturaleza se iba á conocer mas tarde.

Gracias á la buena direccion de las pesquizas, se logró saber que Bouchot habia estado empleado en la fábrica de billares del señor J. B. Verdier, Piedad 264 viejo.

Hace varios meses. Bouchot, que acababa de llegar de Francia, entró como operario en la fábrica citada. No conocia el español ni era apto para el trabajo pues no conocia el oficio, de manera que su permanencia en la fábrica del señor Verdier no le reportaba gran provecho.

Entonces resolvió separarse de la casa y buscar otra ocupacion más lucrativa.

De esto hace dos meses.

A los pocos dias de haber salido y en circunstancias en que el señor Verdier se encontraba en Córdoba, Bouchot se presentó en la fábrica, acompañado de un sujeto, que era Luis Castruccio.

Iba para que la señora Verdier le sirviera de intérprete, pues su acompañante no conocia el francés.

La señora, que se interesaba por Bouchot, accedió complaciente á su pedido; el que lo acompañaba manifestó que su propósito era tomarlo en calidad de cocinero. Le abonaria 20 pesos y si su conducta era buena le aseguraria su porvenir, y habló entónces de seguros sobre la vida.

Bouchot, halagado por las promesas de Castruccio, aceptó la propuesta y entró á servirle.

Trascurrieron varias semanas sin que la señora Verdier volviera á ver á Bouchot, cuando un buen dia, el cocinero de Castruccio se le presentó de nuevo.

Pálido, ojeroso, demacrado, impresas en sus facciones las huellas del cansancio y del malestar aquel rostro de enfermo sorprendió á la señora Verdier.

—Qué tiene? de que sufre? fueron las primeras preguntas que le dirigió.

Bouchot declárole que se sentia mal; en la casa donde servia debian darle alguna cosa.... El, que antes era tan fuerte, sufria ahora de un malestar estraño: vómitos, calambres en el estómago.

Luego su patron era un hombre raro; debia ser loco, pues varias noches, al despertarse, él, Bouchot, habia visto á Castruccio de pié, junto á su cama, en actitud de observarlo. (Vease la lámina.)

Indudablemente Castruccio debia ser loco, pues si no lo era para que lo observaba durante su sueño?

La señora Verdier procuró disuadir á Bouchot. Tal vez estaba enfermo del vientre.

El jóven agregó que se hallaba descontento pues su patron lo habia asegurado haciéndolo comprender que el beneficio del seguro seria para él. Ahora sabia que no era así: el asegurado era Bouchot y en caso de muerte, la prima debia cobrarla Castruccio.

Tengo depositados 500 francos oro en un Banco, y desearia entregarle á usted la libreta, prosiguió, pues no conozco á fondo á mi patron. En una palabra, no me inspira confianza.

Llamada á la comisaria de pezquisas, la señora Verdier reconoció á Castruccio era el mismo sujeto que habia estado en su casa con Bouchot.

Preguntado porque habia presentado á éste como su cuñado en las oficinas de «La Previsora» Castruccio declaró al comisario que habiéndole hablado Bouchot de una hermana que tenia en Francia y ponderádole sus cualidades, habia resuelto hacerla venir para casarse con ella; por eso le llamaba cuñado.

Se ha comprobado que Bouchot, mas que el empleo de cocinero, desempeñaba en casa de Castruccio el papél de amigo, de compañero de éste.

Algunos meses atrás Castruccio aseguró la vida del menor Juan Carpin que tiene á su servicio, haciéndose espedir la póliza á su favor, pero mas tarde cambió la operacion, asegurándose él en favor de Juan.

Bouchot, Castruccio y Juancito Carpin dormian en la misma pieza. Habia en ella tres camas, pero casi siempre el menor dormía con su patron. Es dificil llevar mas lejos la intimidad entre, patron y sirviente....

Entre los papeles secuestrados en el domicilio del acusado, se encontro una libreta, y, como Castruccio tiene la mania de apuntar hasta los mas insignificantes incidentes de su vida, en dicha libreta se encuentra algunos apuntes.

El comisario Otamendi que sospechaba por otros indicios que el cloroformo habia sido el veneno administrado á su víctima por Castruccio, conociendo por otro lado la mania de este de apuntar todos sus actos buscaba en los papeles secuestrados y con impaciencia febril algo que le pusiese sobre la huella del veneno, hasta que al fin dió con la libreta que es una de las mas importantes pruebas del crimen.

En una página y debajo de la anotacion de un libro de cirujia práctica, se encuentra abreviada otra, así:

A. de V. comprado el 17—A. B. C. E. el 18—A. M. $ 1—G. de B. $ 0.60.

El señor Otamendi, que desde el registro practicado en el domicilio del acusado supuso que la muerte de Bouchot fué causada por el cloroformo, se detuvo sobre la misteriosa anotacion y despues de mucho estudiarla la traducia así

Anéstesico de Veldivieso comprado el dia 17 de Julio—Alberto Bouchot Constantin—Envenenado el 18—Asistencia médica, 1 peso—Gastos de botica ps. 0.60.

La interpretacion pudiera parecer arbitraria, pero si se recuerda las fechas: el dia en que Bouchot se sintió enfermo por primera vez desde que estaba con Castruccio y otros antecedentes suministrados por éste mismo, lo arbitrario desaparece para dar paso á lo verosimil.

La fórmula cabalística en que el comisario creyó ver la sintesis del crimen ha sido plenamente controlada. Ella encerraba en efecto todo el secreto del asesino.

Bouchot se habia enfermado el dia 17; habia bebido el veneno el dia 18; el médico habia cobrado un peso; el tóxico costó 60 centavos; el facultativo hizo su última visita el dia 23

Solo faltaba descifrar dos iniciales A. de V.

Significaba alcaloide de veratrum ó anéstésico de Valdivieso, nombre del traductor de la obra de Brian que le fué sustraida al doctor Mackern por el envenenador?

El señor Otamendi se preguntó si no seria *arsénico de veneno*. La forma del apunte era extravagante, pero un detalle afianzó mas tarde esa sospecha.

El Lunes 6 el director de la biblioteca popular remitió al comisario dos recibos de libros sacados por Castruccio del establecimiento. Era la quimica de Luna en dos tomos.

Inmediatamente el Sr. Otamendi envió á la biblioteca en busca del espresado libro, y, registrándolo hoja por hoja, con una minuciosa atencion de micrógrafo, encontró en la página donde trata del *arsénico* una cruz hecha con lapiz, de igual forma que las que habia hallado en todos los apuntes escrupulosos de Castruccio.

El comisario llamo al criminal á su despacho, y, mostrándole la pequeña cruz, le dijo;

—Yo sé lo que le dió á Bouchot. No puede seguir negando. Mire, con eso lo ha envenenado.

El indicaba el título del capitulo *Arsénico*.

Castruccio negó sin embargo tenazmente y pretendió recomenzar su historia, hecha en un interrogatorio anterior.

Preguntado por el comisario Otamendi como esplicaba el apunte revelador de la libreta encontrada, Castruccio se inmutó, pero reponiendose exclamó:

—Eso quiere decir: Comprado el vino de Fresne el dia 17 y entrégado á Alberto Bouchot Constantin el dia 18. Gastos de medico un peso, adelantado peso uno. Lúnes 23, visita de médico dos pesos:

No sabia á que respondia la inicial B. 0.60 centavos y enredaba las demás.

—Para quién compró ese remedio?

—Para Bouchot.

—Pero si Bouchot se enfermó recien el 18, como le compró el remedio el dia 17?

Castruccio repuso que seria un error suyo al consignar las fechas. Esfórzose por sonreirse y por fin dijo:

—Si, confundo, todas las apariencias me condenan.

El mismo dia, despues de un largo interrogatorio, en el cual Castruccio con una astucia digna de mejor suerte, habia tratado de evadir las preguntas del comisario Otamendi, este lo hizo llamar de nuevo á su oficina y; bruscamente le preguntó:

—Qué veneno le dió Vd. a Bouchot?

—Yo! señor, no le he dado veneno alguno.

—Picabea! esclamó el señor Otamendi, dirigiéndose á su auxiliar. Haga que le pongan las esposas á este hombre.

Castruccio, al salir de la oficina, vaciló un momento, detúvose, prosiguió su marcha, volvió á detenerse y por fin siguió al agente que le acompañaba, hasta el calabozo.

Hubiérase dicho que iba á confesar su delito.

De un carácter pusilánime, mas aun: cobarde hasta donde puede serlo un hombre, la órden de que le pusieran esposas le habia producido un efecto terrible.

Poco despues, en circunstancias en que el señor Otamendi habia salido para dirigirse á la casa del doctor Arata, llegaba á la comisaria de pesquisas el médico de policia doctor Drago, quien conjuntamente con su colega el doctor Barra, practicó como recordará el lector, la autopsia del cadáver de Bouchot.

El doctor Drago sostuvo desde el primer momento, á juzgar por los signos anatomo-patológicos que presentaban los órganos del cadáver, sobre todo por la pronunciada congestion de los pulmones, el higado, el corazon, los riñones y el baso, que Bouchot habia muerto asfixiado.

El jóven médico no negaba que Castruccio hubiese envenenado á su víctima, pero se habia aferrado á la idea de la muerte por asfixia.

Eran las cinco de la tarde; el doctor Drago pidió á Picabea que lo condujera al calabozo del acusado que muy abatido y en tono suplicante habia rogado al auxiliar que le hiciera sacar las esposas.

—Vd. ha envenenado á Bouchot, le dijo dando á sus palabras un acento de conviccion.

—No, señor, contestó Castruccio.

—Estoy seguro de ello.

—Pues Vd. se equivoca, señor doctor.

—Si es así, júrelo por la memoria de su padre.

—No juro.

—Jure entonces por esta cruz, posiguió el médico cruzando dos de sus dedos.

—No creo en la cruz.

—Bueno, ya que Vd. no quiere jurar, yo, por la memoria de mi padre, le juro que Vd. ha dado muerte á Bouchot por.....

Y el doctor Drago escribió con lapiz en la pared estas palabras.

ASFIXIA POR SOFOCACION

—Ordene que me saquen las esposas y confesaré, esclamó Castruccio, en el colmo de la emocion.

—Confiese antes la verdad.

—Si señor, es cierto, fué como Vd. lo dice; la muerte que *Otello le dió á Desdémona*.

Y cuando le hubieron sacado las esposas, Castruccio prosiguió;

—El comisario Otamendi tiene talento, pero Vd. tambien lo tiene, y mucho. ¿Opinan lo mismo que Vd. los otros médicos?

—Exactamente.

—Pues bien, en la noche del 27, cuando Bouchot descansaba en su cama, á raiz del fuerte ataque que habia sufrido, le asfixié cubriéndole la nariz y la boca con mi mano. La operacion fué breve. Cuando yo me cercioré de que ya no respiraba, me diriji á mi lecho y me acosté. Tenia el rostro congestionado; me dolia fuertemente la cabeza; no sabia lo que me pasaba.

Y el criminal se echó á llorar. La confesion habia sido penosa para él, pero pocas horas despues, la calma volvia á manifestarse en este hombre que tiene todos los caracteres del tipo del delincuente, estudiados por Lombroso.

A las cinco y media regresaba á la comisaria el Sr. Otamendi acompañado del Dr. Arata.

La noticia de la confesion de Castruccio no le sorprendió. «La esperaba», dijo, y ordenó que lo trajeran á su oficina.

Castruccio se ractificó en su declaracion anterior y agregó que además habia administrado á Bouchot una dósis de arsénico, pero una sola dósis y muy pequeña.

—¿Qué dia? le pregunto el comisario.

—¿El 18, señor.

—¿Dónde compró el veneno y de que medio se valio para que el farmacéutico se lo despachara?

—Lo compré el dia 17 de Julio, en la farmacia de la estacion, propiedad del señor Sicardi, calle Rivadavia entre Rioja y Catamarca, valiéndome de una tarjeta del doctor Jorge Marckern que yo conservaba en mi poder.

—¿Qué cantidad le despacharon?

—No recuerdo, señor.

El señor Otamendi envió en el acto un agente á la farmacia citada.

A la media hora regresaba trayendo la tarjeta á que se habia referido Castruccio.

Este habia escrito con lápiz en el reverso.

Arsénico XX gramos

y falsificado torpemente la firma del médico á cuyo servicio habia estado en 1884.

El propietario de la farmacia, que acudió al llamado del comisario, manifestó que Castruccio al pedir el arsénico habia dicho que era para matar ratones.

* * *

—No lo daba á Vd. pena matar á un pobre jóven á quien cobijaba á Vd, bajo su techo? Envenenarle primero y asfixiarle despues! Estrangular á un hombre que acababe de sufrir un ataque, y por consiguiente en la imposibilidad de defenderse?—le preguntó el Dr. Arata.

—Pero si yo no recurrí á la violencia- *Bastaba impedir que el aire le entrara en el organismo* para que cesara de vivir, y es lo que hice. Cuestion de pocos segundos.

Y Castruccio dijo estas palabras en el tomo mas natural, como si no se diera cuenta de su criminal accion.

—Vaya una muerte benigna! exclamó el Dr. Arata.

—Qué quiere Vd. señor; él estaba muy enfermo. Yo le aseguro que era un caso perdido luego se lo repito, no recurrí á la violencia; no hice mas que taparle la nariz, así: y uniendo la accion á la palabra Castruccio juntó suavemente, casi con uncion, el pulgar y el indice de su mano derecha, como el tomador de rapé, despues de hundir sus dedos en la caja que lo contiene.

Pero el criminal no decia la verdad.

Que hubo violencia lo prueban las dos equimosis, las dos manchas rojas del tamaño y forma de una moneda de 20 centavos, que presentaba el cadáver de Bouchot á cada lado de la nariz.

Es que los muertos hablan; es que la vieja leyenda del poeta Ibicus se ha repetido en todo tiempo, en una ú otra forma; es que el crimen deja siempre sus huellas, por mas que el criminal se afane en borrarlas.

Un poco mas tarde, el mismo dia, Castruccio completo su confesion, diciendole al comisario lo siguiente:

—La primera vez que yo di arsénico á Bouchot fué el 18 por la mañana, en el té.

La última fué el 27, por la tarde, á la hora de la comida. Al servirle el café eché en la tasa de Bouchot el resto del arsénico que habia guardado en una cajita.

Cuando el veneno produjo su efecto pensé en enviar á Bouchot al hospital; pero senti miedo de que se descubriera el envenenamiento y entonces resolví acabar de una vez.

Al efecto envié á Juan Carpin en busca del doctor Cabezon, y fué en ausencia del menor que acabé con la vida de Bouchot.

El asesinato

Luis Castruccio, es un hombre jóven, pues apenas cuenta 25 años de edad.

Es oriundo de Rapolla, pequeña ciudad de Italia, situada en la antigua Basilicata, á 6 kilómetros de Melfi, y fué en ella donde paso sus primeros años, distinguiéndose por su buena conducta y amor al estudio en la escuela primaria en que se educó, segun lo hemos comprobado por las libretas de clasificacion que aun conserva.

A los doce años vino con su padre y un hermano á Buenos Aires; estuvo primero en la casa del fabricante de sellos de goma señor Watson, despues en la de los doctores Mackern y Ocantos y mas tarde como ordenanza en el Banco de la Provincia, en La Plata.

En 1884, el padre de Castruccio, que era marino, pereció en San Fernando víctima de un accidente de ferro-carril.

Castruccio es un delincuente nacido con la predisposicion al crimen.

Anoche convenia en que su posicion es dificil muy delicada.

«No es, decia, un delito vulgar el que yo he cometido. Por eso es preciso estudiarlo mucho. Hay una série de circunstancias que me favorecen.»

Y cuando habló de la pena que sufriria, manifestó su propósito de pedir gracia al presidente de la República cuando hubiese cumplido dos años de condena, tiempo, agregó, que aprovecharé.

Castruccio encomendará sú defensa al doctor Luis M. Drago.

Las indagaciones han confirmado que Castruccio pensaba explotar en grande las compañias de seguros sobre la vida.

Sin el descubrimiento hecho por el Comisario Otamendi y las sospechas del gerente de la «Previsora», Castruccio hubiera arruinado á dichas sociedades.

La instruccion ha comprobado que estuvo en negociaciones con una jóven domiciliada en el Paseo de Julio, esquina Córdoba, en apariencia para casarse, pero en realidad para asegurarla en la «Previsora.»

Tambien se supo que un tal Ramon Carvalloso habia estado algunos dias de sirviente en lo de Castruccio, que este queria absolutamente asegurarle la vida á beneficio suyo, que la habia tratado muy bien para seducirlo, pero que el tal Carvalloso, que no se esplicaba porque su patron lo trataba tan bien, habia participado su sorpresa á un tio suyo, que le aconsejó no volviese á casa de su patron, pues eso de querer asegurar su vida probaba que la tenia en peligro, consejó que, felizmente para el, Carvalloso puse inmediatamente en práctica.

Como hemos dicho, Castruccio habia asegurado su vida en favor de Juancito Carpin. Seria original ahora que, sentenciado á muerte Castruccio, que bien lo merece, y ejecutado, la «Previsora» tuviese que abonar á Juancito el seguro sobre Castruccio.

Nuestro director ha hecho del natural el retrato de Castruccio, Juan Carpin y el dibujo del cuarto del primero.

El retrato del desgraciado Bouchot es copiado de una fotografia, que representa á Bouchot de cuerpo entero (que se hallaba sobre la chimenea del cuarto del asesino) y que lleva en el reuerso la siguiente dedicatoria:

Alberto Bouchot Constantin á su amigo Castruccio

* * *

Nuestros lectores habrán notado que la interpretacion dada por el comisario Otamendi al apunte encontrado en la libreta de Castruccio fué acertada.

En efecto, este compró el arsénico el dia 17 de julio y le dió la primera dosis á Bouchot el 18.

La cifra 0,60 que sigue á la letra B. son los sesenta centavos que pagó por el veneno.

Detenido el 31 del pasado á los seis dias, el Lúnes 6 Castruccio fué sometido al juez del crimen convicto y confeso de su crimen, lo que demuestra la actividad con que ha producido en este asunto el comisario Otamendi.

La narracion que dejamos hecha es el mejor elogio que podemos dirijirle porque ella demuestra la habilidad y la constancia desplegadas por el jóven funcionario que cuenta un triunfo mas en esta lucha contra el delito, á que le obliga el delicado cargo que desempeña.

Nuestro último número tuvo, gracias á la escrupulosa exactitud de sus grabados y retratos, una venta extraordinaria. En cuatro dias se vendieron 25.000 ejemplares y creemos que es la primera vez que una publicacion alcanza esta cifra en la república.

Ya no podrá en adelante decir «La Nacion» que ella es el Diario de mas circulacion en la república.

TEATRO COLON—Ópera en 5 actos Amleto.

POLITEAMA ARGENTINO—La comedia en 5 actos L'Etrangère.

NACIONAL—La comedia en dos actos *D. Sino Guerrero* y el juguete en dos actos Levantar Muertos.

SAN MARTIN—El Estudiante de Salamanca.

ESPECIALIDADES PARA FOTÓGRAFOS, INGENIEROS, ARTISTAS PINTORES AL ÓLEO, GRABADORES, DIBUJANTES Y LITÓGRAFOS
PAPELERIA ARTÍSTICA, SAN MARTIN 591 (NUEVO)